

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 89

*Dossier: La Literatura de Resistencia a la
Violencia Urbana, Coordinan, María Rosa Lojo y
Marcela Crespo Buiturón*

Article 17

2019

Caminos

Jorge Wiese Rebagliati

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Rebagliati, Jorge Wiese (April 2019) "Caminos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 89, Article 17.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss89/17>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

Caminos

Jorge Wiese Rebagliati

Uno

VEGETACIÓN DE LOMAS

También es posible pasear por Lachay en agosto.
Entre Chancay y Huacho,
los espacios a ambos lados de la Panamericana
prolongan con pocos matices
los pobres grises del cielo.
Todo cambia en la entrada:
la vegetación de lomas
-la pradera de asfódelos-
extiende su verde interrumpido
por los rosas, los lavandas, los fucsias
-aquí y allá, algún amarillo-
de humildes floraciones.
Llegamos. El guardián nos enseña el mapa
y nos anima a subir.
Escogemos la ruta de la tara,
aunque -como queremos pasar por el puquio-,
decidimos caminar también
por parte de la del zorro.
La cornisa del sendero solo permite
a uno o a dos a la vez,

pero al principio
hacemos camino casi solos,
o sea que no importa mucho.
Salvo la música aislada de un gorrión
y los vuelos ágiles de las santarrositas,
solo somos nosotros, el sendero y el paisaje.
La niebla baja lo envuelve todo,
de tal manera que poco más allá de lo inmediato –
heliotropos, calabacines (¿serán ñajús?),
tabaco silvestre-
de un fondo indiferenciado
–las sordas humedades–
surge primero una sombra
que solo luego, cuando nos acercamos,
reconocemos como ramas sin hojas,
tronco: el garabato tenso de un árbol.
Dependemos solo de la mirada:
la vegetación epífita
de hierbas y de hongos que se aferran
al tronco y que reproducen en él
un Lachay mínimo,
las gotitas de agua que cuelgan
de las ramas
como si sus frágiles mundos
fueran las flores de un arbusto bajo,
aparentemente seco,
son solo eso: nuestras miradas.
Las cosas aparecen y se van.
Caminamos. Dos grandes moles de granito,
apoyadas una sobre la otra,
nos hacen puerta.
Pasamos. Caminamos. Subimos.
Un mirador desde donde no se ve nada
sirve para demostrarnos
que nuestros rostros
son el único testimonio del mundo.
De pronto, te alejas.
Has reiniciado el camino
antes que nosotros:
en lo alto, solo una silueta
casi borrada por la niebla
y, luego, solo la bruma cerrada.
Apuré el paso,

pero todo estaba tan incierto,
 tan a ciegas,
 que te confundí varias veces
 con una piedra o con un árbol.
 Al final, te encontré.
 Estabas esperándome.
 Esperamos al grupo. Bajamos todos juntos.
 Se oían a lo lejos
 voces de niños, instrucciones de padres,
 alguna música perdida:
 las señas cotidianas
 de que estábamos
 regresando al principio
 y de que nuestro viaje terminaría
 -¿fuimos negligentes?, ¿hicimos lo que debimos?-
 allí donde había empezado.

Dos

[W.A. Mozart, *Abendempfindung an Laura*, K.V. 523]

*A María Clemencia
 A los amigos reunidos en Potsdam*

El día se va
 por los altos aires de las arboledas.
 Nuestros pasos en la grava
 y algunas voces desperdigadas
 convierten al silencio
 en un fondo asordinado
 que recoge en sí a todo el parque
 de Federico
 (también a nosotros).
 A lo lejos,
 el rumor de un hilo
 que se despliega
 contra esa nada intermitente
 busca envolver el mundo

sin tocarlo.
Más cerca,
tu voz nos inunda
de planeta, y alrededor
de ella, todos nos volvemos,
armónicos,
círculos concéntricos
de tus tonos,
hasta que, sobrecogidos por ellos,
atisbamos el fondo turbio de lo que somos:
horas doradas
que se van bailando
y solo nos dejan
 las cenizas esparcidas
de su memoria.